

Breve elogio de Fátima Miranda

Daniel CHARLES

Músico y filósofo.

Musicologist and philosopher

Lo que Fátima Miranda, cuando canta, exige del que la escucha, es un total dejarse llevar por la *dispersión* y el *espejar* de las sonoridades unas respecto a otras. Cada una, tomada aisladamente, irradia en todas las direcciones posibles a partir de su propio centro. Pero tan pronto como encuentra otra sonoridad, la sobredetermina e incluso tiende a fundirse como ella, en un acto que los Budistas chinos de la secta Hua-yen (en japonés Kegon) llaman *interpenetración sin obstrucción*. Fátima Miranda *vuela* así de una tesitura a otra, de un ámbito a otro, de un timbre a otro, como si su voz tuviese el don de la ubicuidad; y no menos sorprendente es el *magnetismo* que ella derrama: por mi oído y por mi garganta, me siento arrastrado a *seguir* cada *vuelo* de esta voz mágica; debo salir de mí mismo, escapar de mí para poder *pegarme* a cada nuevo sonido; asumo la ubicuidad de la voz escuchada esforzándome -¡labor imposible!- en identificarme con su recorrido, como si mi escucha *describiera* este recorrido, como si ella *escribiera* bajo el dictado de esta voz. Jamás, tal vez, la ligazón profunda entre una voz y los latidos secretos de quien la escucha se consigue con tanta intensidad. El genio de Fátima Miranda reside no solo en su *maestría*, común a todo virtuoso de la expresividad, para poner en escena este vínculo, es decir, para hacer latir los corazones, sino más bien, al margen de toda puesta en escena, para multiplicar y desmultiplicar hasta el infinito los golpes y palpitaciones del *cuerpo* mismo. Por la unicidad-ubicuidad de su voz, despierta, como decía Roland Barthes, “lo que late en el cuerpo”; pero también “lo que hace latir al cuerpo”; o mejor “aquel cuerpo que late”. La voz de Fátima Miranda es el surgimiento de un mundo.